

Arturo Torres-Rioseco

## Don Enrique Molina, Rector del Liceo de Talca



DOCUMENTAR un artículo acerca de don Enrique Molina sería, en nuestro caso, traición, porque este hombre ha sido siempre “todo espíritu” y el esfuerzo erudito en él, aunque vigoroso, es factor circunstancial. Nació, como Domingo Faustino Sarmiento, para darse por entero a la labor educativa, al mejoramiento del individuo, de la patria, de la humanidad. Su abundante bibliografía, exteriorización del filósofo, del sociólogo, del historiador, está ahí, al alcance de cualquiera; para mí Enrique Molina fue la primera revelación del hombre culto, de una sensibilidad, de un temperamento, de una síntesis. Por esto quiero recordarle en cuanto hombre, en su aproximación humana esencial, en aspectos cotidianos que a veces parecerán demasiado elementales y comunes, pero que no lo son.

Por 1910 vivíamos —los niños de entonces— en un mundo reflejo. El Liceo de Talca, al tratar de civilizarnos, nos apartaba de nuestra realidad. La clase de matemáticas nos falseaba con tablas, logaritmos, ecuaciones, la ciencia viva de los números que posee el chileno; la de historia nos apartaba de O’Higgins, Manuel Rodríguez, Portales, y nos relacionaba en dudosos tratos con Jerjes, Aníbal, Carlo Magno;



las plantas que tanto amábamos —menta, poleo, pera mota, boldo— estaban muertas, sin aire y sin luz, en los herbarios; los encendidos pájaros amigos —jilgueros, lloicas, diucas— estaban muertos, parados en alambres, con nombres distintos, que afortunadamente siempre terminaban en *chilensis*; los Argensola y fray Luis de Granada, desplazaban al Padre Ovalle y a Ercilla.

En esos días llegó a Talca, allá por 1910, don Enrique Molina, después de un extenso viaje por Europa. Tenía cuarenta años. Era “un joven” alto, delgado, fino y elegante. Andaba con un ritmo especial, con elasticidad de movimientos, empinándose un poco sobre la punta de los pies, sobándose las manos o agarrando al vuelo un enorme libro de clase. Se paraba en un corredor a hablar con algún alumno; hacía advertencias a un carpintero; charlaba con un mozo y seguía su paseo por los patios del viejo liceo. Su rostro era de una ponderada movilidad; sus ojos claros y francos expresaban sorpresa, malicia, bondad o burla; su cabellera peinada hacia atrás era aún negra. Cuando hablaba jugaba con la cadenilla del reloj y abría los brazos para expresar admiración o placer. Saludaba a todo el mundo levantando en tres tiempos el sombrero cogido entre el índice y el pulgar. Su voz era clara y un tanto aguda, de grata frescura.

Era un buen conversador, aunque tenía muletillas favoritas tales como *sine qua non*, *ad litteram*, *a outrance*, *come il faut* y vocablos de uso frecuente como “singular”, “colosal”, “flamante”, “élan”, “medular”. Entrelazaba estos hilos retóricos uniendo los índices y los pulgares de las dos manos, o todos los dedos, en figuras inverosímiles que nos hacían estallar en risas invisibles.

Era un profesor excelente. Sus lecciones de lógica eran precisas, claras, originales. No descartaba de su exposición el sentido del humor y con los ejemplos de lógica iban unidas sabias lecciones de filosofía. Lo mismo en historia, en especial del Oriente y Grecia, que él dominaba como un verdadero erudito. Su estilo, elegante, de arielista puro, nos conducía a los diálogos platónicos. Más que la Grecia heroica nos revelaba el idealismo de sus filósofos. Su método era en cierto sentido socrático, de conversación e interrogación.



La comunicación entre don Enrique y nosotros se llevaba a cabo por un fenómeno de osmosis más que por un progreso intelectual directo. El sabía que no teníamos la preparación necesaria para seguir sus conferencias. Sin embargo, nunca hizo concesiones, jamás bajó el nivel de sus explicaciones. Su don principal consistía en crear una atmósfera intelectual, en rodear al estudiante de una profundidad de pensamiento y sensibilidad, en darle una zona espiritual en que moverse. Yo creo que todo tendía en él en aquel tiempo a la formación del carácter del joven y que lo demás, historia, lógica, gramática, método, sólo tenía un valor circunstancial.

Su importancia humana no se puede exagerar. Era amigo de sus alumnos, a los cuales, burla burlando, impartía serias lecciones de moral. De mis experiencias personales recuerdo algunas anecdóticas con don Enrique. Un día estaba yo, bastón en mano, conversando con uno de mis condiscípulos; se acercó don Enrique y nos dio la mano; luego dirigiéndose a mí dijo: "Sólo tres clases de personas usan bastón, los enfermos, los ancianos y los "tipos"; estoy seguro de que Ud., Arturo, no pertenece a ninguno de estos grupos". Quedé tan seguro de ello que jamás volví a llevar bastón.

Cuando llegó a Chile Monseñor Sibia, los chicos del liceo organizamos una manifestación de protesta. Yo iba a la cabeza de uno de esos grupos. Después de la fiesta me llamó don Enrique a su despacho y me pidió que le explicara el "pensamiento medular" de nuestra acción. Como yo me hiciera un lío él no quiso prolongar mi confusión y me despidió diciendo: "la acción sin fundamentos justos es pura anarquía".

Estas censuras las hacía con un aire entre sonriente y serio. En cinco años que estuve en el liceo bajo la dirección de don Enrique, jamás le vi alterarse, nunca perdió su serenidad, en clase ni fuera de ella. Una dignidad ingénita se imponía ante nosotros que por primera vez nos dábamos cuenta de lo que significaba respetar y obedecer sin temer. Esta lección tácita de moral nos ha seguido a través de la vida.



Fue feliz don Enrique en su época talquina. Tuvo a su lado, como colaborador, a don Alejandro Venegas, dechado de fealdad física y valentía moral, otro gran hombre en ambiente de pequeñez. Tuvo también discípulos fieles que aprendieron de él la actitud ideal frente a la vida, hombres que se distinguieron más tarde en el campo de la actividad intelectual: Armando Donoso, en la crítica literaria; Ricardo Donoso, en historia; Domingo Melfi, en el ensayo; Juan Marín, en la novela; Roberto Meza Fuentes, en el periodismo. ¿Qué orientación habrían seguido estos escritores sin la influencia de don Enrique? ¿Por qué otros liceos, aun más grandes que el de Talca no pueden presumir de un grupo de intelectuales tan distinguidos como éste? Justo es reconocer que la influencia formativa de Molina fue decisiva en el desarrollo de estas personalidades.

En un lejano discurso que guardo vagamente en la memoria decía don Darío Castro, que Enrique Molina se había preocupado de mejorar todo en el liceo, desde los tapices viejos hasta la mente de los estudiantes. Yo diría hasta el carácter de los profesores, pues uno de ellos, que había sido rutinario y mediocre antes de la llegada de don Enrique, se transformó por imitación en maestro digno; otro que había sido murmurador y perverso acalló la lengua cuando se dio cuenta del disgusto con que le oían sus estudiantes. Don Enrique se hizo querer por profesores y alumnos e hizo que este afecto se comunicara también a la comunidad, y así terminamos por querernos y respetarnos todos y por crear de una manera íntima nuestra Alma Mater. ¿Cómo explicar de otro modo el que yo recuerde con cariño, después de medio siglo, a todos mis maestros de entonces, con sus dulces sobrenombres? Ahí están vivos en mi mente *el angelito Méndez*, *el cloro García*, *el gringo Lebert*, *el quesito Espina*, *don Darío (Castro)*, *don Federico y don Fortunato (Rojas)*, *el zorro Villarroel*, *el gallo Lagos*, *el chico Barrientos*, *el calloso Herrera*, *el chino Venegas*, *el cura Tahuenca*. Acaso todos estén muertos ahora pero todos son personajes de mi drama, todos me hacen continua compañía y hasta sus apodos se encienden de cariño. Y después de cuarenta y seis años recuerdo también el nombre de casi todos mis compañeros



de curso: Arias, Bascuñán (René y Rubén), Bustamante, Guayo y Enrique Urzúa, Sepúlveda, Vargas, Zurita, Vogel (Angel), Raúl Molina (hijo adoptivo de don Enrique), Raimundo Echevarría, *el churro* Echeverría, Meza Fuentes, Bushman, Donoso, Lobos, Letelier, Marchant, Aurelio Fernández.

La unidad espiritual que adquirió entre 1910 y 1915 el Liceo de Talca se debe exclusivamente a don Enrique. También se deben a él las actividades extradocentes del liceo, la organización del Ateneo, la publicación de una revista literaria, las conferencias que daba Agustín García el "Día del Arbol", etc.

El día en que don Enrique aceptó el nombramiento de Rector del Liceo de Concepción fue luctuoso para Talca. Era el fin de una magnífica era de lucidez, calma, inteligencia. Los estudiantes y el pueblo de Talca le rindieron homenaje público. Un gran gentío le fue a despedir a la estación. Cuando el tren que se lo llevaba para siempre se puso en movimiento, don Enrique, de pie en el coche, pálido y emocionado, no atinó a decir sino: "Viva Chile", manteniendo el sombrero en el aire, cogido entre el índice y el pulgar. Algunos alumnos le siguieron a Concepción: Eliecer Mejías, Letelier, Marchant. Los demás nos quedamos "como quien se desangra".

Después de mi viaje a los Estados Unidos he mantenido correspondencia continua con don Enrique. Me ha enviado todos sus libros con calurosas dedicatorias. En 1918 escribí y publiqué en *La Prensa de Nueva York* un artículo sobre él que se reprodujo en otros periódicos de América. Ese mismo año me encontré con don Enrique en Nueva York, en circunstancias económicas difíciles para mí; él no lo vio así, pues en unas notas que escribió sobre ese viaje hablaba del "triunfo obtenido en los Estados Unidos" por el suscrito. Sus ojos de Quijote vieron un brillo de luz en el polvo de mi humilde escritorio.

En 1943 estando yo en Chile don Enrique me invitó a dar una conferencia en la Universidad de Concepción. Me presentó al público universitario en calurosa forma, y al contestarle dije, entre otras cosas: "El año 2000 algún viajero yanqui de visita en Concepción verá



una estatua de un hombre flaco y alto, de huesudo rostro y ojos soñadores, con una pluma en forma de lanza; preguntará: "¿Por qué han erigido una estatua a don Quijote en este sitio?" Su acompañante, un historiador, le contestará: "No es esta la estatua de don Quijote, sino la de don Enrique, el Caballero de la Lotería mística, el casto enamorado de la cultura".

Este caballero fue mi Rector en Talca, luego mi Inspirador a través de la vida.